



+Los rostros de The Pirate Bay: Peter Sunde

THE PIRATE BAY AWAY FROM KEYBOARD, DE SIMON KLOSE

“¿Y esto no te jode el disco duro?”, preguntan casi siempre los que están a unos segundos de descargar la aplicación llamada BitTorrent. Yo también lo pregunté y me quedé satisfecha con un escueto “No”. Lo hemos preguntado porque es un *software* que se usa para intercambiar archivos que podrían estar protegidos por las leyes del copyright. Pero BitTorrent es legal: mucho de lo que se comparte es limpio, y queda en la conciencia de uno qué elige descargar. Es curioso, sin embargo, que los reparos de la mayoría tienen que ver con un posible daño a su computadora y no con el hecho de, en una de esas, violar la ley.

Se les llama “torrents” a los archivos de música, cine o videojuegos que se comparten por internet. Nada como referirlos al tema para armar una discusión sobre “lo correcto” y “lo permitido”. Es fácil reconocer que no son términos equivalentes cuando se habla, por ejemplo, de la muerte por lapidación como castigo legal en ciertos países de Medio Oriente. Pero cuesta admitirlo en público cuando el caso lo atañe a uno, y hay riesgo de reprobación moral. Nadie quiere ser señalado como “enemigo de los

creadores”: un zángano que por ahorrarse unos pesos está condenando a un cineasta a morir de inanición o, peor, a dirigir comerciales por el resto de su vida.

El argumento que esgrimen los que se oponen a la descarga de torrents parece irrefutable. Un estudio de cine invierte cantidades estratosféricas en producir una película: hay que gastar en efectos súper especiales, en el sueldo de Tom, Angelina o Julia y en un *junket* de promoción en la cima del Everest o en un iglú en la Antártida. Que el despilfarro sea en sí un problema está fuera de la discusión; el punto es recuperar los gastos, siguiendo una estrategia de exhibición por etapas (o ventanas). Primero, en salas de cine. Agotado ese recurso, en ventas de DVD o en plataformas *online* de paga restringidas por zona.

El pirata no perdió un minuto. Apenas tuvo una copia la puso a circular en línea. Los sitios que coordinan descargas —o “trackers”— encima obtienen ganancias con los banners de pornografía que se anuncian en sus páginas. Por culpa suya, dicen los estudios, Hollywood se está derrumbando. El copyright, dicen, es su manera de proteger al creador.

Curioso que muchos creadores salgan huyendo de esa protección.

A propósito de su reciente retiro, el director Steven Soderbergh habló de “la manera horrible en la que la gente que pone el dinero siente que puede echarse pedos en la cocina”. No todos serán así, pero es natural pensar que aquello que los estudios defienden es la rentabilidad de la obra —no tanto la libertad del creador—. La vuelta de tuerca es tremenda: la forma más efectiva descubierta por los artistas para cuidarse de sus cuidadores es subiendo su obra a la red. O sea, convirtiéndose en sus propios piratas. Algo está podrido en Dinamarca...

Pero lo más revelador de todo es el hecho de que personas a todas luces rectas —o, por lo menos, no ladronas— descargan películas por internet. Entre ellos, los propios creadores. No es desorbitado pensar que hay falacias en el argumento sobre la protección de derechos y que la descarga torrent satisface necesidades reales: no en todos los casos se practica para saciar un “instinto criminal”.

Según Peter Sunde, cofundador del famoso tracker The Pirate Bay, el intercambio de materiales con copyright es solo “una consecuencia espinoza”. Fue su declaración frente a una corte sueca, cuando en 2009 varios estudios de Hollywood demandaron a The Pirate Bay y exigieron una compensación por pérdidas de 13 millones de dólares. Los detalles del juicio, el perfil de los demandados y un atisbo al modo de operar de los enemigos de Hollywood se abordan en el documental *The Pirate Bay Away from keyboard* (o TPB AFK) del director Simon Klose. La película tuvo su premier en febrero, al inaugurar la sección



+Fredrik Neij



+Gottfrid Svartholm

documental del Festival de Berlín. Al mismo tiempo de la proyección, los realizadores la subieron a YouTube, The Pirate Bay y otras plataformas para descarga gratuita. El lector puede encontrarla sin ninguna dificultad.

TPB AFK no presenta una historia de la piratería cibernética. Klose no hace una apología obvia de los protagonistas ni desmiente los cargos por pérdidas (al parecer, excesivos) que les imputan los estudios de Hollywood. La historia se narra a partir de fragmentos del juicio y de escenas que acompañan a los demandados —Peter Sunde, Fredrik Neij y Gottfrid Svartholm— en su vida “lejos del teclado”. Que el tono del documental TPB AFK no sea épico deja ver el bosque y no solo un arbolito. Es decir, el absurdo de tratar el asunto como una guerra entre tiranos y revolucionarios (o, si se prefiere, entre gente *decente* y ladrones) y no como un derivado del cambio de paradigma que comenzó hace dos décadas. Los mejores momentos del documental son los que ilustran el intento de *resolver* la evolución cultural dentro de un juzgado.

Por ejemplo, cuando Monique Wadsted —la abogada sueca que representa a Hollywood— dice que eso de copiar materiales es una moda que va a pasar pronto. Con el tono de fastidio de los amos del universo, agrega que sabe de la existencia de una “sectita kopimi” que apoya a los demandados (y que su apoyo no les va servir de nada). Kopimi es el término que usan millones para hablar de piratería cibernética.

No es que los acusados tengan un aura de héroes. Peter Sunde se salva

solo porque sabe articular ideas. Su amigo Fredrik Neij se queda a mitad de las frases porque “se le va el tren del pensamiento”. Cuando las completa es para decir que la ideología pirata, el copyright y la política lo tienen sin cuidado. Se involucró con The Pirate Bay para “jugar con servidores enormes que él nunca podría comprar”. Gottfrid Svartholm es el superdotado del grupo. También es soberbio y no tiene convicciones. Su portal “Los soldados más tontos de América” dio la pista para llegar a The Pirate Bay; consistía en calificar a marines según “qué tan tonta” había sido la circunstancia de su muerte. La anécdota de la película se extiende hasta 2012 con la sentencia definitiva del juicio. Sobra decir que para nada es el final de la historia. Se hace evidente que la única diferencia de peso entre los guardianes del copyright y quienes han encontrado la manera de burlarlo es que estos últimos entendieron las demandas del mercado. Nadie duda de que la mayoría de los consumidores de torrents ilegales buscan ahorrarse el precio de una entrada al cine. Creer, sin embargo, que esa es la única motivación o la motivación de *todos* es tan ciego e ignorante como la idea de una secta kopimi.

Durante más de cien años se ha hablado de “experiencia del cine”: algo así como el estado semiconsciente de una persona en la oscuridad y con la mirada fija en imágenes que rebasan toda proporción real. ¿Por qué alguien que ama el cine renunciaría al ritual? Negarse a aceptar la respuesta es lo que ha hecho perder

a la industria miles de millones de dólares. No es que alguien prefiera el encuadre de una laptop o de una televisión gigante a los veinte metros de ancho de una pantalla de cine promedio. Pero ver una película en las horas que se tienen libres, en cualquier lugar del mundo, y logrando un nivel de aislamiento mayor que el multicinéma no solo es preferible sino el nuevo modelo de *moverse* por el mundo sin necesidad de desplazarse. Para muchos, entrar a un *mall* para llegar a la sala, el bombardeo de anuncios y el brillo de decenas de pantallitas de celular es su noción de “experiencia del cine”. Ellos también son legión y van a impedir la extinción de las salas. Otros no dudaríamos en pagar por un *streaming* o una descarga legal. Si la industria del cine no subestimara la integridad de sus clientes, le quitaría el mando a los piratas y recaudaría todavía más. Pero desconfía por principio y por eso sus lloriqueos no despiertan simpatía. Nadie quiere como amigo a alguien que lo considera un abusivo en potencia.

La joya es la ironía. Al hacerla de policía inflexible, Hollywood vuelve en su contra el mensaje anticorporativo que le ha dado por patrocinar. En una escena del documental, Peter Sunde dice que ese podría considerarse el momento en el que los héroes del cuento enfrentan su primer obstáculo. Cínico e inteligente, le da las gracias a Hollywood “por enseñarle al mundo que los chicos buenos siempre ganan al final”. Lo de *buenos* es discutible. Que el mundo está de su lado, sin duda y sin mirar atrás. —